

MÁQUINAS DE INFLUIR Y CONDUCTAS

Cuando hablo a los alumnos y asistentes a mis Seminarios y desde el mismo instante en que se sientan e inician su atención a mis presentaciones, ponencias o interrogaciones, predisponen todo su organismo a que actúe, o lo que es lo mismo a que su vertiente racional se sensibilice y empiece a destilar reflexiones y pensamientos.

De este modo, cada pregunta actúa sobre ellos y les ayuda e induce subconscientemente a expresarse de un modo racionalmente consciente. Ello mismo, debilita su “yo libre”, porque les limita al “yo racional” e impide que sus otros “Yóes” actúen de forma espontánea.

Lo racional analiza; “orienta la inteligencia hacia...” Y provoca “respuestas correctas”; lo cual no es más que una gama de respuestas de entre todas las factibles y posibles. Porque lo irracional también existe. Y es real hasta el extremo “irracional y absurdo” de actuar incluso contra nuestro beneficio propio; es decir incluso en contra nuestro.

Debido sin duda a lo anterior es por lo que a poco de iniciar mis seminarios comienza a hacer aparición la “conciencia”; es decir, aquello “correcto y deseable” (bueno), frente a aquello otro “incorrecto e indeseable” (malo). Así cuando lanzo alguna pregunta sobre lo “admisible” e “inadmisible” de un comportamiento, inevitablemente surge un acuerdo mayoritario y frecuentemente unánime respecto a lo que debe de estar permitido o no. Es sin duda uno de los momentos que me hacen sentir mas sublime y esperanzado. Porque luego, a los pocos minutos, habremos todos de enfrentarnos con la cruda y frontal realidad de nuestros comportamientos y los demás que nos “evidencia y delata”. Que nos desnuda ante nuestras conciencias. Por un lado cabalgan las intenciones y por otro los hechos.

En el mundo inter-relacional no existen las reglas ni mucho menos las recetas mágicas con las que se garantice el éxito de una determinada conducta ni siquiera cuando se tiene claro el logro deseable a conseguir, pero hay un principio que es generalizable y un orientador de oro: “Casi todo lo que consideramos evidente, precisamente por serlo racionalmente, suele pasarnos desapercibido o quedar de lado, abandonado o marginado en el transcurso de nuestras actuaciones”. ¡Somos un absurdo mar de contradicciones por el que nos debatimos y navegamos!

Me encanta observar las encarnizadas y fervorosas defensas de quienes rotundamente se muestran contrarios al ¡Todo Vale! Me gusta su frescura cuando exponen : ¡Hay que respetar las reglas, las leyes, los principios de una relación correcta, las conductas éticas, la moral, la verdad, no mentir, no agredir, respetar a la persona, promover el bien común, hacer que el otro se sienta satisfecho,....!. Surgen así decenas de gloriosas expresiones, todas ellas procedentes de la racionalidad. Loores y cánticos a la conciencia, al reconocimiento del respeto al prójimo, a los comportamientos decentes, al reconocimiento, distinción y diferenciación entre el Bien y el Mal actuar. Me gusta y satisface comprobar que la conciencia aún se asienta en nuestros corazones. ¡Es grato y satisfactorio este atisbo en un mundo tan repleto de agrias conductas!

Todo esto me hace conservar mi credibilidad en el ser humano como alguien dotado de inteligencia superior y capaz de usarla en pos del respeto, el orden y el Bien Común. Ello sublima y dignifica el hecho de nuestra existencia. Y uno recupera aliviado las convicciones antiguas y las enseñanzas recibidas en las que se insistía en la pertenencia a una especie superior, lo cual por otra parte conlleva la contrapartida de unas obligaciones y responsabilidades tanto para con los congéneres como con el entorno y con otras especies.

Más; jacobó de tomar conciencia de que vuelvo a caer en el mismo error! Acabo de darme cuenta de que una vez más estoy conversando con mi "Yo racional". Es "él" quien me responde. Es incluso "él" quien me efectúa las preguntas a las que respondo. "El" el protagonista del interrogatorio que supone la auto-reflexión. "El" quien vuelve a empeñarse en que me aleje de la realidad y de lo cotidiano. De lo burdo de nuestros comportamientos. ¡Y así choco brutal y frontalmente con el observatorio de la realidad! Es entonces y sólo entonces cuando mi "yo observador", más próximo y cercano a la vida, puede contemplar absorto y asombrado la violación de la racionalidad por el "ser animal"

Entonces uno descubre la "fragilidad del pensamiento". O la traición a las "convicciones". Y es entonces cuando aparece un ser humano que se aleja del "ser superior" idealizado que creíamos ser ante la pureza de las ideas.

Siento entonces que el "ser humano superior" no es un "hecho real ni evidente" sino una aspiración y ¡una meta! Una posibilidad. Un deseo al que tenemos la oportunidad de acceder. Pero nunca sin vigor, esfuerzo o constancia. No es posible entender al ser humano sin comprender el Poder que como Máquina de Influir constituye. ¡Y tampoco es posible, por tanto, entender el hecho del ser humano sin comprender la Fe ni la Esperanza. Lo contrario es absurda prepotencia!

Creernos que "ya somos" es aceptar limitarnos. Nuestra posibilidad de "ser superiores como seres vivos" es entender nuestro ser como "ser un proceso de ser". Una construcción. En la que su "ser más poderoso es precisamente "llegar a ser", convirtiéndonos así en un Logro del propio Destino.

En el poco tiempo que el "hombre civilizado" habita en este mundo, aún no ha sido capaz de digerir su propio progreso. El ser humano analiza, investiga, crea e implanta hasta transformar. Pero aún no ha aprendido a digerir las consecuencias de su propia transformación. Diríamos que ejecuta para mejorar, pero sin preguntarse nada o al menos suficientemente sobre el "efecto boomerang de sus propios actos".

No hemos digerido aún suficientemente tampoco las consecuencias de nuestros propios progresos. Progresar significa digerir lo progresado, pues es entonces cuando el progreso "se integra en la naturaleza de las cosas y los seres". Así, el ser humano ha impreso una sustancial velocidad a sus creaciones de progreso multiplicándolas, pero aún no ha resuelto la mejora de su "velocidad de digestión" que aún sigue siendo muy básica y próxima a la del "incipiente hombre civilizado". Nuestro proceso digestivo es igual de lento a al menos no sustancialmente diferente y mayor al de los inicios del "homo sapiens". He ahí un inmenso reto futuro. Es el gran reto del siglo XXI.

Mayo 2007